

EL HEBREO - ¿qué es?, ¿quién es?

Conferencia de Friedrich Weinreb en La Haya, Holanda, del 14 de noviembre de 1966.

Primera parte

El origen del hebreo.

El nombre “hebreo” en la Biblia viene de la noción *ever*, 70-2-200, que significa *el lado opuesto, la otra orilla, más allá de, allende de*, y se ha convertido en Éber, hebreo. Ese Éber es un descendiente de Noé y no se sabe mucho más de él. Solamente, cuando nos encontramos con los patriarcas de la Biblia, leemos que se llaman *ivri*, *hebreos*. Es otra pronunciación de la palabra Éber, escrita con una *yod final* 70-2-200-10, lo que en realidad significa *mi lado opuesto, mi otra orilla*. Pero es justo preguntarse: ¿por qué se les llama hebreos? También José en Egipto se llama siempre “hebreo”. Esta denominación aparece tantas veces en la Biblia como el nombre de “Israel” o “Judá”.

El nombre *Israel* nos dice algo más, ciertamente. Es el nombre de Jacob convertido en Israel, después de haber luchado con el ángel en el río Yabok. De allí viene el nombre *Israel*.

La tribu más importante y más significativa es la de *Judá*, uno de los hijos de Jacob. Juega un papel importante en el reino posterior. Pero el nombre “hebreo” no muestra cuál es el origen en la historia de los patriarcas; se llaman hebreos, siendo ya patriarcas. Es pues una historia que viene del más allá.

Para comprender la palabra “hebreo”, es decir *ivri*, debemos comenzar a traducirla. Los nombres en la Biblia, vistos superficialmente, no son traducibles, pero quien conoce la lengua sabe, por supuesto, que sí lo son. El nombre Éber significa, como lo hemos dicho ya, *del otro lado, de la otra orilla*. Entendemos ahora por qué ese nombre juega un papel tan importante. Porque *del otro lado, de la otra orilla*, significa que se trata de un ser humano o, mejor dicho, de una cualidad en el ser humano que se diferencia del lado que consideramos el “normal”, del lado de aquí, donde nos sentimos en casa. Ese lado *del más allá, de la otra orilla*, es otro mundo.

En la Biblia es costumbre expresar ciertas nociones en imágenes. Pero quien es capaz de profundizar, quien puede adentrarse en el núcleo, sabe que estas imágenes en realidad son la expresión de un conocimiento profundo que viene de otro lado. Este conocimiento, bajado a nuestro mundo, debe usar las manifestaciones de aquí. El nombre de la manifestación contiene su propiedad real. Aunque lo característico es que la lengua de la Biblia no sea la de Judá o de Israel, sino que es la lengua del Éber. La lengua de aquel que viene del más allá.

En la lengua hebrea, en cada palabra se expresa aquello que también está en el otro lado. Existe un engranaje, una sincronización, la imagen y la fórmula de la palabra coinciden, son unidad. En las demás lenguas se ha producido una ruptura, de forma que las palabras ya no establecen la relación que alguna vez han tenido. La causa está en la confusión de lenguas, consecuencia de la construcción de la torre de Babel. Aunque, en alguna ocasión, las conexiones pueden seguir siendo visibles, porque todas las lenguas tienen que ver con la lengua original. Pero en el caso de la lengua original se da la gran sorpresa de que por medio de su conocimiento –que va mucho más allá de un conocimiento puramente gramatical– es posible adentrarse y llegar a la esencia, al núcleo, con cierta facilidad.

En las imágenes que proporciona la Biblia, se está usando *la imagen* para exponer lo esencial. En la imagen de la Biblia se nos dice que esos hebreos vienen del otro lado del río, *ever ha-nahar*, de la otra orilla.

Se trata del río que fluye del jardín Edén, del paraíso, y que se divide en cuatro brazos. El cuarto río es *Perat 80-200-400*, Éufrates. Es una imagen nada más, no se trata de una lección de historia. Y ese Éber viene del otro lado de ese cuarto río.

Ahora, esos cuatro ríos, en el conocimiento antiguo, son siempre idénticos a los cuatro elementos, los cuatro fundamentos de este mundo. Elementos, no en sentido material, sino más bien elementos en el sentido del pensamiento y del saber.

El nombre Éber significa que viene de un mundo que está más allá de esos cuatro elementos, y también su lengua viene de allí. No es una lengua hablada en medio de esos cuatro ríos, es una lengua que viene de otro mundo y por ello sigue llamándose la lengua del Éber, del hebreo. El hebreo significa que contiene un secreto, el secreto de la palabra. El secreto que otras lenguas han perdido sigue estando en el hebreo. Siempre hay un hilo en este mundo que une con el otro mundo. Aunque muchas veces no seamos conscientes del hilo ni lo queramos, pero sigue estando. Es lo que le da al ser humano la consciencia de ser de otro mundo, en el que hay otros valores que pueden dar otro sentido a la realidad de aquí. Después de Éber viene una fase en la Biblia, en el mundo, que se caracteriza por el nombre *Péleg*, que significa *fracción, sección*. Es el nombre que caracteriza el tiempo, la fase del ser humano y del mundo, en la que hay una ruptura. En el mundo de Péleg, en la fase de Péleg, lo esencial se separa y disocia de la manifestación. Se llama a esta fase también “confusión” porque se usan palabras que ya no reflejan la esencia. De ahí la práctica imposibilidad de llegar al núcleo. Se necesita una fase intermedia para llegar. En primer lugar, la palabra debe despertar algo en el ser humano, un sentimiento, un pensamiento y solo después, si todo va bien, puede accederse a la esencia. Mientras que en la lengua de Éber, sigue teniendo la fuerza de hacer coincidir lo esencial con lo manifiesto a simple vista.

Intentaremos dar más detalles en cuanto a la noción de Éber. Habrán visto que viene de una figura alejada, desconocida, pero que aparentemente tiene la mayor importancia. Si en la tradición se habla de la fuente del conocimiento, se dice: Esta fuente del saber la encontramos en la escuela de *Shem y Éber*. Shem es el hijo de Noé y significa *nombre*

y Éber es la cuarta generación después de Shem. La cuarta generación después de Shem, pasando por Arpakshad y Shelá y luego Éber. Aquel del otro lado (Génesis 10,24).

Ese Shem, *el nombre* y ese Éber, *del otro lado*, forman la escuela. El nombre es un asunto muy importante. Lo que queremos es dar un nombre a cada cosa, pero un nombre que contenga la respuesta definitiva a cada pregunta, un nombre que encierre la verdad. Porque son solo necesarias muchas palabras porque no conocemos el nombre. Si supiéramos el nombre verdadero, no habría más preguntas.

Shem y Éber configuran la escuela del aprendizaje. Nos dirigimos a aquel que conoce el nombre, que es el nombre, y a aquel que viene del otro lado; de hecho, no hay ninguna otra escuela de aprendizaje en la tradición. Ya los patriarcas iban a la escuela de Shem y Éber. También Abraham, Isaac y Jacob.

En otras palabras, si de verdad queremos adquirir conocimientos, necesitamos dos cosas: como punto uno, el conocimiento del nombre y ese conocimiento nos lleva al punto dos, a aquel que viene del otro lado, a Éber. Éber sabe que existe otro mundo porque en el interior del mundo de los cuatro ríos prevalece el paganismo y la idolatría. Y eso significa que la unidad que alguna vez ha existido, se ha ausentado. Los dioses están frente a Dios, igual que la multiplicidad está frente a la unidad. Dentro de la multiplicidad no puede reconocerse ninguna cohesión. La especialización es, en verdad, una humillación, un abobamiento, una rebaja del nivel del ser humano, cuando se dice: “Esta es mi área y con todo lo demás no tengo nada que ver”.

El ser humano debe sentir que la unidad de todo tiene que estar delante de sus ojos siempre, y que debe recobrarla y además saber cómo hacerlo. En el interior de esos cuatro ríos, solo el *ivri*, el hebreo, es capaz de reconstituirla.

Hoy en día existe también la tendencia de ver el *ivri* como concepto biológico referente a cierta raza. Eso significa rebajar el significado de la revelación que usa imágenes únicamente, para poder reencontrar la esencia. Por ello la comprensión de Éber, también en el tiempo después de la Biblia –que es un tiempo más allá de nuestro tiempo– no está nunca atada a una cuestión biológica. Todo lo contrario, está dicho que cada ser humano debería darse cuenta de que puede ser un *ivri*, que vive en un mundo donde existe el *ivri*. Se puede ir más lejos aún y decir que cada ser humano tiene momentos en que es un hebreo y otros en que no lo es. Algunas veces está enfadado con él y otras veces anhela su presencia. Nuestro anhelo de conocimiento, de unidad, del sentido de la vida es realmente el anhelo hacia ese Ser del otro lado, de algo que no está sujeto a los vaivenes del tiempo, que está por encima del tiempo y que, de hecho, no puede ser tocado por el tiempo. Solo la imagen del ser humano en el tiempo puede ser tocada (la imagen en el interior de los cuatro ríos).

Por tanto, la noción “hebreo” no está reservada a alguien que vive en cierta región, que tiene cierta religión o pasaporte. Se trata de una característica del ser humano que es imposible adquirir arbitrariamente, sino que es tan profunda que solo puede accederse a ella mediante su orientación, es decir, el enfoque que da a su vida y a su comportamiento.

Pienso por tanto que puede ser útil que dé algunas características del *ivri*, del hebreo. ¿Qué tipo de ser humano es? He dicho ya que del Éber mismo, no se dice nada en la Biblia, salvo que exista. Nace, vive tantos años y muere. Es una fase en el universo, una fase en la humanidad, de hecho, en cada ser humano. Está siempre. Este conocimiento concentrado que la Biblia ofrece solo puede comprenderse mediante las explicaciones de la tradición que le da su sentido. Sin ellas, el concepto del *ivri* carece de fundamento.

Abraham, el primer hebreo.

El primer hebreo es el patriarca Abraham. Es el primero al que se le llama *un ivri, un hebreo*. Existen muchos relatos de su vida, sobre todo en la tradición, que nos dicen lo que puede entenderse bajo la noción del hebreo y de la lengua hebrea. Es el pensamiento y la expresión que vienen de otro mundo. Y se cuenta que en sus días existía un rey en la tierra llamado *Nimrod*. Tengan en cuenta que no se está contando un relato histórico. La tradición conoce diez reyes del universo, que no solo reinan uno tras otro, sino también uno al lado de otro. Estas posibilidades están también en el ser humano. El primer rey es Dios, el segundo rey es Adán, el último rey es llamado el Salvador, el Ungido. Pero uno de esos diez reyes es Nimrod, y de Nimrod está dicho que es un cazador.

En el transcurso de la historia hemos convertido al cazador en alguien que solo apunta a animales. Pero es importante conocer lo que la tradición entiende bajo la noción del cazador. La imagen usada podría referirse por supuesto a alguien que va cazando zorros y conejos; pero se podría apuntar también a aquello que anima al cazador, y ese es el punto importante. Porque el ser humano *de la otra orilla* no necesita ir detrás del animal, allí existen de otra forma, en otra condición. Pero volvamos al cazador de aquí. Es alguien que encuentra placer en la persecución de una meta, aunque nunca la alcance. Porque tan pronto como caza un animal, debe ir detrás del próximo y así, sucesivamente. La excitación de la caza le enreda y le encarcela. Igual pasa con el consumo de narcóticos, solo hay un camino: ¡Quiero más! Significa que el cazador es alguien que cree que debe alcanzar la meta cazando. Es el mundo que se esconde una y otra vez, el animal que siempre va corriendo. Cada flirteo es una invitación para la caza: ¡tómame, si puedes! Y de nuevo la huida. Y así el mundo flirtea de verdad con el ser humano: ¡Tengo un secreto, si me persigues, podrías alcanzarlo! Y si se llega a alcanzarlo, se suele pensar, bueno, no era para tanto, pero quizás la próxima vez obtenga algo más importante. Y así ocurre generación tras generación, ideal tras ideal, y cada vez de nuevo la insatisfacción, porque se siente que aquí se está jugando con nosotros. Es decir, nos enredamos cada vez más en la caza sabiendo, al mismo tiempo, que es imposible alcanzar una meta final.

El cazador en la constelación del cielo (Orión) tampoco alcanza nunca aquello que persigue. La distancia es siempre la misma, no lo encontrará jamás en este mundo.

La excitación de la caza envenena al ser humano. Y eso va mucho más allá de un envenenamiento por nicotina o alcohol. Pensar que se podría alcanzar el secreto

mediante el análisis científico de la materia es otra intoxicación que engaña al ser humano. Por un gran descubrimiento se recibe el Premio Nobel, pero el galardonado sabe que pronto seguirá cazando. Pero si reflexionamos como seres humanos sobre el asunto debemos admitir que así nunca se llegará a la meta.

Esta situación en el ser humano se llama “el universo en que vive Nimrod”, en el que Nimrod es rey. El nombre *Nimrod* significa estar en rebelión. Contra Dios, contra todo lo que realmente es humano. Lo humano no gusta, él quiere ser el amo de la caza, que lo encuentra en la materia. Y la materia le seduce para seguir cazando.

En este mundo de Nimrod aparece ahora el primer *ivrí* y lo típico es que en este mundo de Nimrod circula una leyenda que dice: *Alguien de otro mundo vendrá a este mundo y terminará con la caza. Dará una respuesta del todo diferente. Vendrá de Shem, del nombre y de Éber, de allende del río. Renacerá aquí.*

La tradición cuenta ahora cómo el mundo de Nimrod aprovechará cualquier ocasión para ir a la caza de aquel que viene de otro mundo. Encontramos el mismo dibujo en toda la Biblia, y también en otros relatos y leyendas: el nacimiento del salvador debe evitarse con todos los medios posibles.

Sucede en la salida de Egipto. Allí es Faraón quien quiere impedir el nacimiento del salvador. Aunque es él mismo quien criará a Moisés en su propia casa, sin saber a quién está dando cobijo en realidad. En el Nuevo Testamento es Herodes el que mata a los niños. También él quiere impedir que la noticia de la llegada de un salvador sea verdad en su reino. *Debe de ir a otro mundo, no al mío, no necesito aquí ningún aguafiestas que me moleste.*

En el mundo de Nimrod existe una leyenda, un conocimiento en el ser humano, que le dice que la vida así no es soportable. Se muestra en una especie de descontento, se sabe que algo falta. ¿Pero cómo vendrá eso otro? Aunque realmente tampoco se quiere que venga, porque habría que avergonzarse y mucho.

Pero entonces se cuenta que una noche, con ocasión de una cena en casa de una persona importante en el reino de Nimrod, tres personas están sentadas alrededor de la mesa. La cena se ofrece en casa de Teraj, padre de Abraham. Teraj es un personaje muy grande en el reino de Nimrod. Y allí se cuenta –verán de inmediato la similitud con el relato del Nuevo Testamento–: *Fijaos, una estrella es visible. Y esta estrella anuncia el nacimiento del salvador. No le llaman el Mesías, pero dicen: Es alguien que derribará a Nimrod de su trono y que dará otras normas al mundo. Eso sucederá.* En este momento ven que en casa de Teraj está naciendo un niño. Es el hijo de Teraj y se llama Abraham.

De inmediato se informa a Nimrod de la estrella y este ordena matar a todos los niños recién nacidos. Verán ustedes que la historia es siempre la misma, no importa dónde se busque, siempre se muestra la misma imagen. Porque no se trata de un relato histórico. Porque el niño que puede nacer es una situación dentro de ti. Algo en ti puede surgir que quiere ser diferente y tú dices: *No puedo sacármelo de encima, estoy obligado a ser diferente.* Y te enfadas, quieres matarlo, hacer que se calle. No quieres escucharlo, te

molesta en tu comportamiento. Tu vida es tan confortable, tan agradable y ahora viene eso.

La matanza de los niños sucede, pero Abraham está oculto; está oculto allí donde vive Shem, el nombre. Se le lleva a Shem y Éber y crece allí. Es otro orden, otra lógica. Allí aparece por primera vez Abraham. Aparece directamente como *ivrí*, el hombre de la orilla de enfrente, el hombre diferente. Y su presentación en el mundo de Nimrod le causa enfado porque, como he dicho anteriormente, no quiere que se le moleste en el curso placentero de la vida.

La primera aparición de Abraham sucede en casa de Teraj, su padre, al que ha regresado. Destroza los dioses que reinan allí -12 dioses, 6 y 6. Cuando Teraj regresa y ve que Abraham ha hecho pedazos de sus dioses; le pregunta: *¿qué has hecho?* A lo que Abraham contesta: *Ha sucedido así: en tu ausencia, los dioses tenían diferencia de opiniones, comenzaron a luchar entre sí y en la lucha han terminado haciéndose pedazos.* A lo que Teraj responde: *¡No es posible porque los dioses no pueden luchar entre sí...!!*

Abraham le explica a Teraj, su padre: *Los dioses son tus propias construcciones. Lo que tú aceptas y veneras como dios, lo has construido tú mismo, bien sea como teoría o como fórmula según la cual vives. Es el mundo de Nimrod, en el cual estás corriendo detrás de tus ideales con esos 12 dioses -12 como noción del tiempo total-. Has construido algo para ti mismo y lo adoras. Sin embargo sabes que estos dioses no tienen vida propia y que les es imposible destruirse a sí mismos. Por ello los he destruido yo.*

Tan pronto se conoce esta historia en el reino de Nimrod, este dice: *Hay que matar a ese ivrí, algo así no puede tolerarse aquí, porque pone en peligro a todo mi reino. Socava el reino que he construido y finalmente imposibilitará que vayamos de caza en caza.* Es cierto que el disfrute de la caza es cada vez mayor, pero por otra parte también las desilusiones, la resaca y la desesperación. El *ivrí* pondrá fin a todo eso. Nimrod detiene a Abraham y comienza una discusión en la cual Nimrod exige de Abraham que se someta a su mundo. Nimrod quiere el reconocimiento de que él es el rey del universo, que el universo lo dirige el cazador, el poderoso, el que domina con mayores conocimientos cada vez y la revelación del secreto de la materia.

En esta controversia Abraham señala que el origen del ser humano está en otro mundo, y que la respuesta vendrá también de otro mundo. Un mundo en el que no hay confusión porque allí, la imagen y la esencia detrás de la imagen, son unidad.

El hebreo ama la claridad.

En el mundo del más allá no hay diferencia de opiniones sobre este o aquel dios. Aquí sí las hay, de hecho, hay muchos pequeños dioses y muchas explicaciones sobre sus facultades. Es decir, aquí hay confusión y mucha niebla.

Pero está escrito que allí, en el otro lado, existe una claridad luminosa, una explicación clara de lo que es el ser humano. Y a ese ser humano no se le ha puesto en este mundo

para contentarse con incertidumbres. Con velos que tapen su vista, con vaguedades por las que cree que debe ir corriendo detrás de eso y aquello.

No. El mundo del hebreo, de aquel del más allá, brilla por su claridad y su intemporalidad. Se burla del camino mundano y de todas las temporalidades. En el ser humano está la cualidad que le despierta y le dice: *No sigas participando en estas tonterías. Las cosas son diferentes y tú lo sabes.*

¿Pero cómo de diferentes? No gusta formularse esta pregunta porque puede molestar en la carrera política y poner en peligro la vida social. Más fácil sería seguir participando en las cacerías y aceptar a los dioses de Nimrod como propios.

Es una fase en la vida de cada ser humano individual. Pero también es una fase en la humanidad, en cada generación, en el hoy mismo. Siempre hay personas que en sus vidas, o en una fase de sus vidas, destacan como hebreos y molestan porque señalan otras metas. En sus quehaceres, en sus pensamientos, en su comportamiento son diferentes, no participan en la "normalidad" y con ello propician el enfado de este mundo. Pero, por otra parte, parecen ser justamente aquellos que mantienen el mundo en movimiento. Pero siempre está también el rechazo: *No quiero a ese hebreo, me molesta. Me despierta del sueño y yo quiero seguir durmiendo. Es tan cálido y agradable. Me molesta en mi tranquilidad.*

El hebreo es aquel que dice: *La mañana llega.* Durante la noche no hace otra cosa que preguntar: *¿Qué es de la noche, estás ya viendo la luz de la mañana?* Es una frase que dicen los sacerdotes que están vigilando en los muros del Templo de Jerusalén. *¿Vigilante, dónde estamos en la noche?* (Isaías 21,11). Porque los sacerdotes no permiten el sueño. Siembran intranquilidad en el mundo para despertar a la gente, porque saben que viven en cautividad. Están intoxicados y sufren, pueden tener momentos de alegría, pero en el fondo están tristes. El hebreo dice: Hay otro mundo donde existe la dicha. Date cuenta de que tienes las mismas posibilidades que todos los demás para agarrar y vivir esta dicha.

El hebreo despierta constantemente y molesta a aquellos que quieren dormir y descansar. Es un desafío sin tregua. Y porque está despierto durante la noche, reconoce la primera luz de la mañana.

La lucha de Jacob con el ángel.

La lucha del hebreo con el cazador sucede en otro nivel. Jacob lucha con un ángel, que no es otro que Esaú, su hermano, la fuerza de Esaú, en otro nivel. Es una lucha mitológica. Cuando apunta la mañana y la lucha parece decidirse, el cazador dice: *Deja que me vaya, está rayando el alba. No puedo sostenerme; cuando la luz apunta y la niebla se va, mi existencia termina.* A lo que Jacob contesta: *No te dejaré si no me bendices.* (Génesis 32). Le está pidiendo: dame un nombre.

Dar un nombre significa decirme quién soy en la esencia. Y entonces Jacob recibe el nombre *Israel*, 10-300-200-1-30, porque has peleado con los dioses y con los hombres y has vencido. Jacob no tenía miedo ni de los dioses ni de los hombres, y por ello ha vencido y recibe ahora este nombre: *Israel*.

Porque Jacob ha vivido una vida fuera de la norma, de lo normal, y con ello molestaba en todos los sentidos. Es un ivri, un hebreo. Y el cazador con su fuerza mundana está obligado a medirse con él en esta noche. Es una lucha típica para el hebreo, típica para todo ser humano, la humanidad, y sucede siempre de nuevo.

También José es un hebreo porque, visto desde este mundo, actúa en contra de las convenciones normales. Pero fijémonos: el gran Nimrod, toda la gente alrededor de Jacob y de José, todas estas personalidades tan importantes, ¿quién se acuerda de ellos? Pero el mundo sí se acuerda de Abraham, Jacob y José. Ellos han determinado el mundo, han cambiado su historia, justamente estos personajes molestos y poco convencionales. Pero es siempre así. El ser humano no queda determinado por su carrera o su nombre en el pasaporte. Solo el hebreo, aquella cualidad del más allá en él, configura su verdadera vida. Es lo que es, lo que permanece, lo que se lleva cuando sale de este mundo. Significa que el hebreo tiene un nombre, y el nombre permanece. En todo ser humano, es el hebreo quien condiciona su destino.

Espero que hayan comprendido qué es, quién es el hebreo. No es nada que pueda señalarse con el dedo. Es algo dentro de ustedes mismos. Es algo que surge de vez en cuando, durante poco tiempo o en otros casos, durante un tiempo mayor. En realidad, es la conversación que mantenemos con nosotros mismos, la conversación que llevamos, podemos decirlo, con Dios en cuanto al sentido de nuestra existencia. ¿Por qué las cosas son como son? El hebreo dentro de nosotros nos despierta para la conversación. Si estamos dormidos evitamos toda conversación y nos sumergimos en la adicción.

El hebreo dentro de nosotros es aquello que nos mantiene despiertos, que nos saca de las convenciones normales para que seamos conscientes del hecho de ser seres eternos, y que la muerte en el sentido de la destrucción, no puede ni tocarnos. Todo lo contrario, da respuestas a muchas preguntas. La muerte pertenece a la vida, no es necesario que nos ocultemos de ella.

Kaín, por ejemplo, teme la muerte. La razón es el asesinato de su hermano Abel. También Kaín y Abel están enfrente el uno del otro, como el ser humano de este lado y aquel que viene del otro. Abel molesta a Kaín, su sola presencia es suficiente para que le mate. Igual que Nimrod intenta matar al hebreo, una y otra vez. Todo cazador, de hecho, quiere eliminar al hebreo, porque le recuerda constantemente que no llega nunca a ningún buen fin.

Segunda parte

El ser humano tiene la elección.

En esta segunda parte quisiera acercarme más a ese Jacob, del que hemos hablado ya. También a él se le llama un *ivri*, un hebreo. Jacob es un gemelo y es perseguido de continuo por su otro hermano gemelo, Esaú. También estos dos hermanos en realidad, están dentro de nosotros. Cada persona en este sentido es un gemelo. Uno de los gemelos es el personaje del más allá, el hebreo, el otro es el de aquí. Están luchando constantemente. Esaú es cazador, tiene éxito y prestigio. Jacob es silencioso, vive retirado, es algo miedoso porque tiene que ocultarse de Esaú. La tradición cuenta que Jacob ha hecho su aprendizaje en la escuela de Shem y Éber.

Pero en la vida de toda persona viene el momento en que debe decidir quién finalmente llevará el mando en su vida. ¿Será el cazador que brilla, el prestigioso, o es el silencioso, el oculto, que se está colando en el mundo de Esaú? El nombre *Jacob* tiene su raíz en *ekav*, talón, y dice ni más ni menos que se coló en este mundo, agarrándose al talón de Esaú. Esaú significa “hecho, terminado”. Esaú está hecho y terminado, tal cual es, y además es hermoso.

Quién decidirá finalmente –“finalmente” no en el sentido de “final”, más bien “de aquello que importa”– el cazador o el hebreo, se cuenta en el relato conocido como *la bendición del padre Isaac*. El padre da la bendición; significa que él es quien decide quién y qué destino será decisivo en esta vida. Quiere dar la bendición a Esaú, porque su caza es tan eficiente, que incluso Isaac llega a creer que el éxito puede alcanzarse en este camino. El cazador por tanto no es alguien sin importancia. Tiene exactamente el mismo valor que su hermano gemelo. Igual que Isaac tiende a creer en Esaú, su mujer Rebeca tiene sus ojos puestos en Jacob, el hebreo. Es una lucha entre el padre y la madre, podría decirse. Esaú no es rechazado de antemano por ser cazador ni tampoco la caza está considerada como algo menor. Porque sin la caza nuestra vida de aquí carece de sentido, el ser humano debe de querer llegar a algo.

El cazador está tan cerca de alcanzar la meta final que parecer haberla encontrado, y el otro está tan cerca del lado opuesto, de la perdición, que parece estar perdido.

La elección es difícil. Depende de la actitud propia. Es una decisión tan difícil que, si usted me preguntara qué hacer, yo contestaría: *No sé qué decirle, debe intentar averiguarlo usted mismo en su propia vida. Otro no puede saberlo.* Porque si alguien supiera qué hay que hacer, el ser humano con su libertad divina de elección quedaría rebajado a un robot, un autómatas, que deja que la mayoría decida. El ser humano está siempre ante la alternativa: ¿Debo dar la bendición al poderoso o a la parte contraria, al indefenso? Y algunas veces, este lado es el indefenso, y otras, el otro. Algunas veces el cazador está indefenso, *ayef 70-10-80*, cansado, a punto de desfallecer, como en aquel relato cuando regresa del campo (Génesis 25,29), después de haber visto la muerte. La tradición dice que ha vivido una especie de shock, algo le ha pasado. Es decir, la elección no es tan fácil.

Para Isaac, lo importante es todo aquello que crece y prospera y que, en definitiva, ofrece una base de subsistencia. También está dicho que Esaú es la correspondencia del

cuerpo humano (su existencia material), sin la cual el ser humano no podría estar aquí. En este mundo no podemos servir a Dios sin el cuerpo. Jacob es el otro lado que consta de espíritu y alma. Es lo otro, lo invisible, lo imponderable y lo inconmensurable. El cazador no tiene elección: debe cazar para mantener las funciones corporales. El otro se opone. La disputa entre los gemelos solo termina cuando una mano superior decide: Este es el sentido de la caza y este el sentido del otro lado. Ese es el punto central en el relato de la bendición que Isaac da a sus hijos Esaú y Jacob.

El cazador representa a este mundo que proporciona nuestra existencia material. Es esta tierra, con campos y aguas, es el aire con el oxígeno que inhalamos, también es la circulación sanguínea, es la comida y la bebida. ¿Carece de sentido todo eso? ¿Para qué está? Es el fundamento de nuestra existencia terrenal. Está en constante desarrollo, y el cazador va delante; quizás un día, quién sabe, llegará a alcanzar el secreto. Por ello el padre Isaac le dice a Esaú: *Sal al campo y cógeme caza, y hazme un guisado como a mí me gusta* (Génesis 27,3-4). Me darás alegría con el botín y el secreto que conlleva, me lo aportarás con tu entrega.

Isaac ama a Esaú. No es ninguna torpeza ni tampoco es miopía. La ceguera de Isaac nos cuenta que es incapaz de ver lo esencial. Tiene que ver con las mujeres de Esaú, que han cegado sus ojos con sus idolatrías, de forma que solo ve lo exterior y no puede ya adentrarse a lo esencial. La visión del exterior no es ninguna desventaja, no es malo y no es ninguna falta de Isaac. Es una necesidad para este mundo. Si no fuésemos capaces de ver el exterior, nos pondríamos enfermos y moriríamos. Que vivamos, que estemos alegres y contentos es a causa de las mujeres de Esaú y de su mundo ficticio, que nos obliga a existir aquí. La existencia corporal no es nada rechazable. Sería fácil decir: el cuerpo no vale nada, yo no me ocupo de la materia, no soy un materialista. Por favor, sé materialista, para que puedas vivir. Si escuchamos la palabra “materialista”, no hay que pensar de inmediato en el dinero. Es más que todo eso, es el fundamento de nuestra existencia aquí. Es la misma creación de Dios, es el mismo milagro que el espíritu y el alma.

Y a la materia, al mundo visible, le gusta la caza. Pero viene la madre, Rebeca, de la que la tradición dice que sea un *guilgul* de Eva. Se suele traducir *guilgul* como “reencarnación”, aunque no tiene nada que ver –pero nada de nada– con la noción moderna que tenemos de esta palabra. Es más bien una chispa de Eva, que vuelve a aparecer, y aparece en Rebeca. Ahora, de la misma manera que Eva en el paraíso le induce a Adán a tomar del fruto prohibido y de iniciar la caza, Rebeca ahora propicia la reparación y termina con ella.

Una fuerza contraria entra en función. Rebeca tiene una chispa de Eva e Isaac de Adán. Pero ahora, en esta nueva fase, la mujer actúa de forma diferente, precisamente por la experiencia del paraíso. Rebeca dice: *sé lo que pasará si se comienza con la caza, lo he vivido ya otra vez*. Vendrá la muerte, la adicción, la miseria, conflicto tras conflicto en todas las generaciones, malentendidos, confusión de la lengua, confusión de toda noción y palabra. No. No vamos a comenzar de nuevo. He comprendido que lo que importa es lo otro, es el lado de lo invisible. Ese lado debe recibir la bendición, ese lado debe ser quien decida. ¿Por qué rechazarlo, solo porque sea menos concreto?

La astucia de Rebeca.

Viene ahora el relato de la astucia de Rebeca. Es la astucia que permite que todos existamos aquí. ¿Qué hace la mujer, la madre, que también es nuestra madre? Le viste a Jacob con el vestido de Esaú. Le disfraza. Le da la apariencia de un cazador, le envuelve con la piel del animal, le da un cuerpo. Se vuelve visible, material, aparece en este mundo, donde, sin él, no podría aparecer. Se está colando en el mundo. La imagen lo cuenta así. Si conocemos los nombres sabemos lo que las imágenes quieren decir. La imagen dice: Rebeca viste a Jacob con los vestidos de Esaú, la piel del animal y le dice: *Ahora, vete con tu padre... ¿no es un engaño? se dará cuenta.... Vete, te digo.*

Por ello se dice que cada persona es el producto de esta astucia, porque el relato de la Biblia tiene lugar en otro nivel. En un nivel eterno. Todos aquí somos Jacob –seguramente todos, aunque no se sabe con certeza– envueltos con el vestido de Esaú, para que él determine nuestra vida y sea decisivo. Y mientras que Esaú está cazando, Jacob entra en la habitación del padre. Isaac comprende: aquí hay un conflicto. La situación no está nada clara y pregunta en primer lugar: *¿Quién eres?* Jacob, el hebreo, da el nombre bajo el cual se le conoce, igual que nosotros solo conocemos el nombre de nuestra existencia aquí. Nuestro nombre es el nombre de nuestro vestido. *Soy Esaú*, responde. Porque la pregunta hace referencia a su envoltura, su vestido, la máscara, el cuerpo en que habita. Pero el padre dice: *Lo exterior, los manos son de Esaú, cierto, pero la voz –la voz silenciosa que viene de otro mundo– es de Jacob.* Lo dice expresamente y a pesar de todo le da la bendición; se da cuenta de que aquí pasa algo que le supera.

Pero ahora sucede algo de mayor trascendencia. En el momento mismo en que Isaac pronuncia la bendición sobre Jacob, la bendición que viene de otro mundo, dada en el nombre de Dios, en el nombre de la unidad (26 palabras con 111 letras en el texto hebreo), justamente en ese momento, el animal que Esaú está cazando se detiene, se echa y dice: *Aquí estoy.* La caza ha terminado.

Sucede en cada ser humano. La caza termina en el momento exacto en que se da cuenta de que lo exterior es de Esaú, pero que la voz, la palabra, es de Jacob, el hebreo. Y entonces el encuentro se produce con total naturalidad. De pronto surge la pregunta: ¿Por qué he ido a tales extremos para llegar a algo, que es imposible conseguir así?

Mientras tanto, Esaú trae el animal triunfante a su padre y este se da cuenta de que el resultado no se ha dado por el arte de Esaú, más bien por una causa completamente diferente.

Este es el primer encuentro de Jacob, el hebreo, con el cazador. Y el cazador se enfada, igual que Nimrod, porque está viendo que no será él quien tendrá el mando, las decisiones se tomarán en otro lado. El hebreo es realmente aquel que determinará el curso de los acontecimientos y Esaú está aprendiendo que hay una ley que ahora viene al mundo que dice que ese hebreo será siempre el factor decisivo. La bendición es el

punto de la inflexión. El mando saldrá desde ahora del hebreo en el ser humano, la voz de Jacob será la voz decisiva. Lo exterior, lo corporal era una astucia para poder entrar en este mundo. Esa es la causa por la que Esaú le persigue a Jacob durante toda la noche.

El hebreo no lucha con personas de carne y hueso.

Viene ahora el punto que he mencionado ya en la primera parte. Jacob huye de Labán y quiere volver a la casa de su padre. Llega a un río llamado *Yabok*, 10-2-100, palabra que se asocia con *abak* 1-2-100, polvo y pelear, luchar. Jacob quiere cruzar ese río y está de pronto frente a otra fuerza, la fuerza del poderío terrenal de Esaú. Se podría describir esa fuerza también como la de un ángel, de dioses o incluso de un príncipe. Es la fuerza de Esaú en un mundo más alto, en una esfera desde la cual se puede dominar nuestro mundo de aquí, por la ley.

Este ser no está frente a Jacob como persona de carne y hueso, más bien como una fuerza muy real que existe en el otro mundo. Las cosas no son fáciles para el hebreo. Sus adversarios no son personas que solo molestan o que contrarían sus proyectos, debe de luchar con los dioses y fuerzas que mandan sobre la existencia de aquí. Ese ser le dice al hebreo: *No te quiero aquí, porque vas a poner punto final a este mundo, por tu causa habrá un "fin de los días". Yo no quiero eso, quiero que este mundo siga hasta todas las infinidades. Queremos olvidarnos del otro lado, del lado del hebreo. Queremos seguir de generación en generación, nuestros hijos y nietos irán cada vez más lejos.* Este mundo no quiere que su existencia vaya a terminar alguna vez, se opone igual que todo ser humano se opone a ello.

Y entonces se muestra la gran fuerza de que dispone el hebreo. Precisamente porque su origen es allende del río, puede luchar con seres de otro mundo. Jacob no lucha con seres humanos, lucha con dioses. Esa es la fuerza del hebreo, y esa es la fuerza del nombre nuevo que va a recibir: *Israel*. Que significa: *has peleado con dioses y con los hombres y has vencido*. (Génesis 32,28).

Se nos ha contado ya como fue el comienzo de esta lucha. No comenzó porque Jacob dijera voy a luchar con Esaú o con la fuerza de Esaú. No. Comienza porque Esaú le está esperando. De hecho, ahora viene contra él con 400 hombres, lo que significa con todo el poderío posible, con todo el mundo (400 es todo lo material). Todo el mundo viene en su contra. Y Jacob tiene mucho miedo.

Pero regresemos algunos pasos. Cuando Jacob cruza el río Yabok en aquella noche con sus mujeres, sus hijos y todos sus bienes, al llegar a la otra orilla se da cuenta de que ha olvidado una pequeña jarrita, medio rota, como está escrito. Esta actitud caracteriza al hebreo: para él no hay ni grande ni pequeño, todo tiene el mismo valor. No separa entre personas tontas e inteligentes, solo hay personas. Todas tienen el mismo valor. También para Dios nuestro pequeño globo tiene la misma importancia que todo el gran universo. No hay diferencia. Significa que nuestras medidas de aquí no valen. Y ese interés por lo

pequeño es lo que propicia la victoria final. Jacob regresa en la misma noche, solo, para recoger aquella vasija media rota, porque aprecia su presencia.

Jacob vuelve pues a cruzar el río, solo, y de pronto se encuentra frente a ese poderío, del que está escrito: *Va de la tierra hasta el cielo, contiene todo el universo*. Y ese poderío ataca a Jacob. Le agarra en la garganta (la voz) y en la cadera (la reproducción), para matarle. Esta lucha no hubiera tenido lugar nunca si Jacob no hubiese regresado. Sin esta lucha no hay nombre nuevo. En esta lucha y al no poder vencer a Jacob, Esaú va a perder toda su fuerza.

Y ahora que viene contra Jacob con 400 hombres, esos desaparecen como la nieve al salir el sol, no queda nada. No hay necesidad de ningún enfrentamiento posterior en esta tierra, porque Jacob ha vencido ya en otro lugar.

Ese es *el ivrí, el hebreo*, en cada persona, se entiende. Porque solo él puede luchar con fuerzas de otros mundos. Y sucede lo que está escrito: *El país comenzó a alarmarse por causa de ese hebreo*. El polvo de la tierra se eleva hasta el séptimo cielo, todos los cielos están revueltos por esta lucha que dura toda la noche. La noche es nuestra existencia en tiempo y espacio, y realmente no sabemos, porque estamos dormidos. Pero Jacob está despierto y vuelve a cruzar el río para recoger la vasija. La lucha no tiene un resultado definitivo porque, como he contado ya, no se puede matar a un ángel, a una fuerza de otro mundo, porque esta fuerza es el fundamento de nuestra vida. Y cambiando de perspectiva, tampoco el ángel puede matar al hebreo. Porque su poderío solo es efectivo en la noche, cuando apunta el día, tiene otro destino. Por esta razón el ángel le dice a Jacob al apuntar el día: *Déjame, que raya el alba. No te dejaré si no me bendices*, contesta Jacob. Es decir, dame mi destino. Dame un nombre (de nuevo ese *shem*). ¿Cuál es mi nombre verdadero? *Tu nombre verdadero es Israel, porque has luchado con dioses y con hombres y has vencido*.

Ese es el significado del hebreo. Sale de esta lucha cojeando, pero ha vencido. Ha recibido un nombre nuevo, que ahora existe en el mundo para cada persona que se atreve con esta lucha. No es un nombre para ningún pasaporte, ninguna raza o ningún pueblo como entendemos fácilmente. Es el nombre de toda persona que ha luchado como Jacob y se ha convertido en Israel.

El hecho de que en todo tiempo haya también personas con ese nombre es la prueba de que existe también otra causalidad. Ciertamente tiene su significado que estén aquí; pero en esas personas sucede lo mismo que en toda persona: pueden serlo o no. De hecho, pueden ser como Esaú o Nimrod. Pero podría ser una señal: *Compórtate por lo menos según tu nombre*. Sería estupendo. Pero es válido para todo ser humano, sin importar dónde esté en el mundo, independientemente de en qué tiempo viva y lo que sea, es una ley que vale para todos.

También José es hebreo.

Para finalizar quisiera hablar de José. También él se llama a sí mismo hebreo, y dice que viene de allí. *Porque hurtado he sido de la tierra de los hebreos y tampoco he hecho aquí nada por qué me hubiesen de poner en la cárcel* (Génesis 40,15).

Su destino tiene una característica particular. Era especial ya antes de su venta, pero no viene al caso aquí. Cuando José llega a Egipto, no se siente allí en casa. Sabe que viene de otro mundo y lo dice una vez tras otra: *¡No pertenezco aquí, soy un hebreo, me han vendido por 20 piezas de plata, dejad que me vaya!* Podría haber vivido plácidamente, pero sucede lo típico: por su forma de vida singular es causa de encontronazos que le impiden vivir en paz.

Conocerán el relato bíblico del intento de seducción de la mujer de su amo Potifar. Está escrito que es la misma historia que la del ser humano en el paraíso. Pero contrariamente a aquel relato, José dice: *Todo está en mi mano, salvo el pan*. ¿El pan? Sabemos por la tradición que el pan –el trigo– es el fruto que el ser humano no debe tomar, es el fruto del árbol del conocimiento. Ese es el significado del pan como cuerpo, como desarrollo.

Ahora, hay un cuerpo que se ofrece a José y un viejo relato cuenta: José sabe que ese cuerpo le pertenece, que estarán juntos en la eternidad. Este cuerpo de aquí envejece y luego se va del todo, pero no puedo aceptarlo porque sé –de alguna forma– que se quedará. El cuerpo no es cualquier cosa que pueda usarse como plazca. Guarda un significado profundo. Se puede quemarlo, enterrarlo, ahogarlo, pero es algo que te pertenece. De esta forma José siente lo que esta mujer significa para él. Pero dice: *Ahora no, conozco el significado de éste y del otro cuerpo. A este cuerpo de aquí, no lo toques*. En el momento mismo en que está dispuesto a coger este cuerpo a pesar de todo, ve la cara de Jacob, su padre, delante y su lucha con el ángel, convirtiéndole en Israel, y sabe: No, no aquí en este mundo, hay otras cosas. No busques la respuesta en este mundo inferior, vendrá a ti por sí misma. Es decir, dice no, no voy a dejarme seducir. Suceden grandes tumultos y los egipcios le acusan: *¡Todos toman el cuerpo, salvo tú! ¡Todo el mundo acepta las teorías, las filosofías, tenemos universidades y todo va perfectamente, solo tú no quieres participar!*

El cuerpo rechazado se avergüenza y acusa: *Me ha tomado. José me ha atacado. Es verdad. Puede negarlo, pero yo tengo aquí su vestido como prueba de que ha estado aquí conmigo*. Podemos imaginarnos las consecuencias, la injusticia de sufrir el rechazo frontal, la eliminación del mundo. ¿Por qué tiene que pasarme, si he actuado correctamente?

A todo hebreo se le acusa de cosas que no son verdad. *¡No ha sido así, de hecho, ha sido exactamente al revés!* Pero parece que debe de ser así. ¿Por qué? Para que en el otro mundo reciba la mujer. Conocerán la historia de José, de cómo sale de la cárcel. En primer lugar está en ese lugar profundo, encarcelado como en un sepulcro. La liberación es como la resurrección en un mundo nuevo. Viene a la casa de Faraón. En este mundo nuevo recibe como mujer a Asnat, hija de Potifera. La tradición judía dice que es la misma mujer; es decir, la mujer rechazada en primer lugar se convierte en su mujer a

pesar de todo. Los dos lo sabían. De la misma forma que sabemos que nuestro cuerpo nos pertenece, él también lo sabe y que permanecerá.

Lo decisivo en el caso del hebreo es que dice: Voy a seguir el camino de mi padre. No busco ninguna respuesta causal en este mundo; no voy a tomar el pan, es decir, el cuerpo, sabiendo que con ello rechazo el desarrollo y el mundo del cazador. Solo el hebreo sabe que hay otro mundo. Solo los momentos en que actúa como hebreo –y creo que todo ser humano tiene tales momentos– solo esos momentos tienen el poder de la resurrección. La resurrección es solo para el *ivrí*.

Hay un dicho muy común en la tradición judía que dice: *Todo Israel tiene parte en la vida venidera*. Y se explica: No se trata del Israel biológico, más bien se trata de cada ser humano donde ha sido, o donde ha actuado como Israel. Estos momentos vivirán la resurrección. Quizás han sido momentos de grandes alegrías, profundas comprensiones o alguna actuación que el mundo quizás desprecia, pero, ¡qué bien que la haya hecho!

Cada persona tiene tales momentos y quizás se trata solo de cosas muy pequeñas. Se lleva la maleta a alguien o se regala algo. *Todos me han mirado de forma extraña, pero lo he hecho a pesar de todo*. En los momentos en que no participamos en la caza, somos el hebreo. En otro momento quizás apagas la televisión o dejas de estudiar. *Voy a dedicarme a otras cosas, porque soy un ser humano. Imagínate, me estoy haciendo cada vez más mayor y lo único que hago es dedicarme a estas tonterías*. – Cada vez que actuamos así, como José, rechazamos a la mujer, al cuerpo que no nos pertenece. En esta larga cadena de piedras, diamantes o lo que sea, en lo que consiste nuestra vida. Son momentos en la vida de todo ser humano, en alguna vida hay más, en otra menos. Está escrito que son estos momentos los que finalmente, le dan esta mujer a José; son los momentos que van a vivir la resurrección, es decir, “ese-volver-a-la-vida de los muertos”. Los demás momentos se pierden, sucumben en la caza. Lo que no es nada malo sino todo lo contrario, es bueno, porque no querías encontrarte de nuevo con ellos. Son los momentos que prefieres olvidar, porque han sido malos. Esos momentos no vuelven. Solo los momentos del hebreo se levantan de nuevo. Esa es la vida de José como hebreo.

He mencionado pues algunas facetas de que consta la vida de un *ivrí*, de un hebreo. Es una lengua particular, es un ser humano especial; pero cada persona puede serlo en el momento en que se da cuenta: Vengo de otro mundo, mi hogar está allí. Pertenezco a ese mundo de allá, aunque vivo aquí. Soy un huésped nada más, estoy solo de paso. Sé que pertenezco a ese otro lado. Y por ello, estando de paso, me gusta bendecir y ayudar. Puedo vivir la vida del *ivrí* y despertar a la gente. Y aportar intranquilidad, de ser necesario, para que nadie se duerma. Ese es el hebreo.

Espero que hayan comprendido que hablamos de todo ser humano. Ser hebreo no tiene nada que ver con una bandera o cualquier otro símbolo, tiene que ver con cada ser humano individual. Toda persona está creada a imagen y semejanza de Dios y está frente a Él como tal. Me gustaría haber sido capaz de transmitir ese “ser del otro lado” de modo satisfactorio y espero que ya no se olviden de quién es ese *ivrí*, el hebreo.